

## Harmonía entre la ciencia y la fe.

---

*(Con motivo de la obra publicada con el mismo título por el P. Mir.)*

**H**ACE pocos años se publicó en los Estados Unidos un libro intitolado: «Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia», por Juan Guillermo Draper.

Esta obra, expresamente escrita para propagar la impiedad, queriendo probar la incompatibilidad de la Religión y la ciencia, carece de ciencia tanto como de Religión; no obstante lo cual, ha tenido extraordinaria boga y desde luego superior a su mérito literario, que es nulo. Respondía ese libro al estado actual de las inteligencias prevenidas contra las verdades del orden sobrenatural por artículos de periódicos y estudios académicos ligeros y superficiales, por la semiciencia que todo lo cree saber cuando lo niega todo. Sistema semejante de educación y enseñanza produce dos resultados, a cual más funestos: 1.º Que no se conozca bien la Religión única verdadera; y por consiguiente, que se la atribuyan dogmas imaginarios, vestigios que la *ciencia* se forja adrede para derribarlos cuando le plazca y cantar victoria; y 2.º, que se proclamen viejas conjeturas, como hechos ciertos e indubitables, y como tesis, aventuradas hipótesis que pasarán desdeñadas y caerán en el olvido en que yacen tantas otras antiguas y modernas de su misma ralea.

Para las gentes que no quieren creer a fin de seguir obrando mal, entregándose con cierta tranquilidad de espíritu a sus pasiones y apetitos desordenados, gran cosa es tener en pocas páginas un como saco apretado y relleno de argumentos y más argumentos contra la Religión de inflexible moral, fundadas en hechos que se llaman positivos, y se dan y diputan por verdades inconcusas y científicamente averiguadas.

A lectores semejantes ¿qué les importa la falta de pruebas, y el poco fuste o falsedad de las que se presenten como tales? El hombre tiene necesidad de creer, y es creyente por naturaleza: el que no cree en la Biblia cree en Draper cuando bajo su palabra le dice: «La ciencia tiene averiguado.....» «En nombre de la ciencia se demuestra....» etc., etc. Hay quien niega las verdades de fe por huir de la superstición, y se entrega al espiritismo. Hemos visto personas que afectaban no comprender la existencia del cielo y del infierno, y con toda formalidad aseguraban que dos de sus amigos difuntos se habían convertido el uno en ruiseñor y el otro en cucaracha. Excusado es, por lo tanto, que hablemos a los aficionados de Juan Guillermo Draper de mandamientos de la ley de Dios, ni de artículos de la fe; pero si les decimos que la ciencia desmiente a la Iglesia católica, nada más necesitamos para cautivar su atención, y sobre todo su convencimiento.

¡La ciencia! Si con imparcial y severa crítica se escribiese la verdadera historia de los supuestos conflictos entre la Religión y la ciencia, se podría hacer un libro ameno, de fácil y utilísima lectura, con el cual tendría el de Draper respuesta, aunque indirecta, la más propia y adecuada. Las verdades científicas son pocas, y todas ellas, como las obras de la mano de Dios, anuncian el firmamento; pero los errores que han querido pasar como verdades de la ciencia, son innumerables. Ya en su tiempo decía Cicerón que no había absurdo que no hubiera sido sustentado como verdad por algún filósofo. Esta misma aberración, coraza infame, verdadera pena de argolla del entendimiento humano sublevado contra su Criador, se está repitiendo con mayor oprobio que nunca a nuestra vista. No absurdos, no; necias y estúpidas locuras tienen hoy la audacia de encaramarse al altar de la ciencia para que en ellas idolatremos. ¿Y esta ciencia es la que osa hablarnos luego de sus conflictos con la Religión? ¡Hipócrita! Tú no buscas apuros, sino destrucción. A ti no te escuecen esas dudas, ni te duelen esos conflictos..... Por el contrario, los buscas, y te gozas en ellos. Para nosotros, hombres de fe, ni existen, ni han existido, ni pueden existir verdaderos conflictos entre lo que Dios enseña de un modo o de otro, por la revelación o por la razón natural. Para nosotros, toda verdad busca el centro de la verdad, como todo cuerpo terrestre el centro de la tierra.

Pero confesémoslo: un libro en que apareciese cuanto los sabios han proclamado como verdad científica y como tal ha corrido por el mundo hasta que otro sabio ha demostrado el error en boga para en-

tronizar nuevos errores, sería el libro más entretenido, si no fuera el más lastimoso del mundo.

Todo error ha tenido su época en que ha pasado por verdad, y si el error pugnaba con el dogma, ya teníamos un conflicto, esto es, la fe vencida, humillada, escarnecida por la ciencia: hasta que el error se hundía en el polvo, y el dogma continuaba en su órbita divina, difundiendo lumbre esplendorosa, como palabra del Verbo, principio y fin de toda verdad.

Tal es la historia de todos esos conflictos, y no puede ser otra: por eso en la historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia tiene que ser en último resultado la armonía de lo investigable y de lo que está al alcance de nuestras investigaciones; la unidad en la variedad de toda verdad natural o sobrenaturalmente adquirida; y por consiguiente, el triunfo de la doctrina católica.

Para combatir el libro de Draper se ha propuesto un tema, a saber: demostrar que entre la Religión y la ciencia no pueden existir conflictos.

La tesis, en mi humilde sentir, magnífica para conclusiones de un acto universitario, no es propia de certamen. Para los verdaderos creyentes la demostración que se pide está reducida a dos silogismos, o más bien, la tesis es evidente y no necesita demostración. Si la fe se funda en la palabra de Dios, esta palabra es infalible. Si la ciencia se presenta en pugna con la verdad religiosa, o no hay tal verdad, es decir, o no es cierto que sea de fe lo que como tal maliciosamente se proclama (y esto sucede algunas veces), o no hay tal ciencia.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

Junio de 1881.

---

---